

Berryer nos cuenta de un hombre que se había ahorcado porque su madre le negó un par de pantalones.

Dos mujeres se mataron: una por haber perdido el pelo, y otra las pestañas á fuerza de cosméticos; una tercera, porque el marido la reprendió haber guisado demasiado duro un pollo (BRIÉRE, p. 116); y el rabioso Labieno se hizo enterrar vivo cuando vió condenados al fuego sus escritos. (*Seneca*, lib. V.) Cardano se dejó morir de hambre para confirmar sus predicciones astrológicas, y el segundo Apicio se mató al ver que no le quedaban más que unas 150.000 liras, suma demasiado pequeña para sus apetitos. (*Ateneo*, 14.)

## EL AMOR EN EL DELITO

Un proverbio bastante conocido dice que el amor entra un poco en todos los delitos; pero yo he demostrado ya (1), en una antigua conferencia, que este proverbio no es seguro, y que el vino, la venganza y la ambición pueden mucho más. La demostración se puede aplicar también cuando, de los delitos en general, pasamos á los hechos más graves, en que el amor tiene el cuarto lugar como maximum (2).

(1) *Del vino nel suicidio, nel delitto e nella pazzia*, 1880.

(2) *Francia*. Motivos de los cuatro delitos capitales: Asesinato, envenenamiento, homicidio, incendio.

	PROPORCIÓN POR MIL		
	1826-50	1851-60	1874-76
AVARICIA ...	81	89	179
	33	25	
	52	82	
DISENSIONES DOMÉSTICAS	126	133	139
AMOR ...	21	22	107
	48	56	
	50	49	
ODIO, VEN- GANZA ...	60	51	277
	33	33	
	159	155	
MOTIVOS DI- VERSOS ...	91	89	248
	52	46	
	145	135	

A menos que con una confusión que ningún moralista aceptaría, se mezclasen, con las inspiraciones del amor, las de los instintos que más nos acercan á los brutos, ó aquellas en que el amor es solo un pretexto, un desahogo de la orgía, de los celos, de la venganza, cosas propias más bien del hombre criminal, la influencia del amor se reduce á muy poco; casi solamente á aquellos casos de fuerza irresistible, de amor irregular, que tantas veces justifican el doble suicidio y de los que tanto abusan los que ejercen el oficio, por no decir la profesión, de criminalistas; casos que en realidad son tan raros, que es quizá mucho calcularles, como yo hice, un 5 por 100 en el total de delitos de sangre, y cuyos autores tienen caracteres particulares que les asemejan más al hombre honrado que al criminal.

Se ve en éste, generalmente, una fisonomía característica semejante á la mongólica por la escasa barba en el hombre, por los senos frontales desarrollados, por los zigomas pronunciados, y la frecuente asimetría facial. En cambio, en los criminales por amor, como Curti, Verani, Bianco, Tolu, nada hay que les distinga del hombre honrado; antes bien, suelen tener una fisonomía suave y sonriente, á la que responde la honestidad del alma. Bertucci, Grasso, Milano, Bancal, etc., eran presentados como hombres de vida pura y sana. De Zucca decían los testigos que tenía un corazón de ángel. Bianco, del que hablaré dentro de poco, que mató á su mujer en un acceso de furor, expresa sentimientos tales en la última carta dirigida á sus seres queridos, antes de morir en el patíbulo, que parece un modelo de honestidad: «Hago saber que parto para el mundo el 6 de Agosto; espero nos volveremos á ver en el mundo futuro, porque éste se halla en la inquietud; allí hallaré también á mi pobre mujer. Estoy preparado á morir. Os mando cinco liras como último recuerdo; aceptadle por una eternidad, porque es la última afeción que de mi corazón sale para vosotros. Y á vos, querida madre, os pido la santa bendición, besándoos la mano á vos y á mi padre con mi propio corazón: firmo porque he aprendido á escribir aquí en la cárcel.»

Son éstas palabras que producen dolor, que ningún verdadero delincuente dictaría, y menos comprendería; sin em-

bargo, fué condenado, y 50.000 firmas no bastaron á salvarle del último suplicio.

Tolu, homicida por amor, fué veinte años bandido, y en todo este tiempo no tuvo corazón para quitar ni una cucharada de leche á los aldeanos, que recurrían á él hasta para custodiar los ganados, para definir las cuestiones de pastos y para obtener justicia contra los ladrones.

Las cartas de Bancal á su madre y á sus amigos hacen llorar de ternura. Curti mantenía á sus tres hermanos pobres.

Todos cometieron el delito en una época en que la pasión y la fuerza del amor prevalece sobre todas las demás, y ni siquiera es combatida por la razón. Ferrant, de diez y ocho años; Quadi, de veintidós; Delitala, de veinticuatro; Bertucci, de diez y seis; Bouley, de veinticinco; Villani, de veintiséis; Guglielmotti, de veintidós; Brero, de veinte; Bianco, de veintiuno.

Un sólo carácter hay que los distinga de los otros hombres y sobre todo de los criminales, fríos y apáticos: el de la excesiva, casi furiosa excitabilidad, especialmente en materias de amor. Curti, después que se vió abandonado de su mujer, que sin embargo le engañaba, descuidó sus asuntos, y alquilada una casa frente de la suya, pasaba largas horas no contemplándola á ella, que no salía, sino á la ventana; y la seguía además por las calles y enseñaba á sus amigos el banco en que se sentaba aquel ángel... que, después de todo, enfriaba.

Mari, antes de separarse de su amante, intentó con ella un doble suicidio; habiéndose salvado entonces, y viendo después de pocos meses en un teatro á su amada, enteramente olvidada de él, se desgarró la mano con un cortaplumas.

Zucco era tan tenaz y apasionado amador de la R. que, siendo un pobre jornalero del campo, rehusó 1.500 liras que se le ofrecieron por abandonar su intención; el día en que fué prometida al rival, él, que fué siempre celosísimo de sus deberes, dejó de dar de beber al ganado; y después del matrimonio, se le vió besar el cadáver de un amigo y decir, echándose junto á él: «Afortunado de tí; has muerto, pero yo iré á reunirme á tí pronto.»

La Vinci sacrificó por su amante la larga cabellera, que era su única riqueza y hermosura.

Delitala, cuando no podía hablar á la Quesada, á quien después mató, pegaba la oreja al muro de la casa y gozaba con sólo oírla andar.

Quadi, habiendo oído desde un escondrijo frases obscenas á la mujer que él adoraba como á un ángel purísimo, corrió á casa de un herrero, rogándole que le cortara las orejas profanadas por aquellas palabras: y habiéndose éste negado á hacerlo, le quitó de las manos un hierro aguzado, y se hizo en la oreja una incisión profunda: reproduciendo así la pasión, la tendencia del hombre primitivo, tan mal aprovechada por la retórica, que hace de la parte el todo, del sentido la sensación.

De aquí que estos seres, lejos de mostrar la apatía mármorea del asesino común, después del delito se muestran profundamente conmovidos y experimentan una reacción inmediata, arrepintiéndose amargamente, é intentando ó realizando á continuación el suicidio, para castigarse.

Bouley, después de haber herido de muerte á su amante Aglae, se hirió repetidamente en el pecho, se arrojó sobre su cuerpo á pedirle perdón, se dejó arrestar y se denunció como culpable.

Curti, después de haber matado á su mujer en pleno día, grita: «¡Ah, estará muerta!»; y pide un arma é intenta suicidarse.

Cipriani, nada más herir á la mujer adúltera y al amante, se arrojó por la ventana.

Quadi besó el cadáver de la muerta y bebió bajo su ventana ácido nítrico: salvado del veneno, se quitaba á trozos las carnes del brazo.

Bancal no se quería separar del cuerpo de la amante muerta; separado á la fuerza, se hundió en el pecho un cuchillo hasta el mango.

De aquí que éstos sean los que dan el máximo de la enmienda: el ciento por ciento: y que precisamente en estos casos se apoyen los penalistas de novela para afirmar como hecho constante la enmienda de los reos por la pena: que, en vez de ser la regla es la excepción, y que, en aquéllos, por otra parte, se manifiesta ya antes de sufrir el castigo.

En efecto, lejos de inventar un recurso ó de disimular ó atenuar su delito, para sustraerse á la justicia, se presentan inmediatamente ellos mismos, como Marino, Vatini, Milani, y confiesan toda su culpa á los jurados y á los jueces, y hasta á veces la exageran, como si pudiesen con eso calmar el dolor y el remordimiento.

Las causas que les impulsan al delito no son como las de los delincuentes comunes, causas ligeras, á las que falta toda proporción: es casi siempre un amor puro y legítimo, traicionado, ó herido por bromas y calumnias, como en la Leoni, cuyo desdichado amante, después de haberla hecho madre con falso juramento, la acusaba de haberse entregado á trece amantes más.

La Condesa de Tilly casó con un hombre ya de edad, al que se conservó fidelísima, mientras que él la hizo traición casi públicamente con una modista, que para más vergüenza se vestía con los colores y trajes suyos é imitaba sus maneras, de donde fué llamada la condesita; la cual llegó á ordenarle que abandonara públicamente á su mujer. Cuando le suplicó la infeliz para que volviera con ella, él se negó y hasta la insultó, diciéndole que «aquella mujer era toda para él, que era más honrada que todos los suyos, y que cualquier cosa que le pidiese le concedería»; como, en efecto, obraba, sustrayendo, para dárselo á la querida, una gran parte de sus haberes. Hubo entonces la pobre de pensar que, llegada ya casi al fin de su vida, aquella malvada podría en breve sustituirla y llamarse madre de sus hijos. Dominada por este pensamiento, perdió la cabeza, espío por el balcón á su rival, la llamó cerca de sí y la arrojó al rostro vitriolo. Llegado el juicio, el mismo marido probó la honradez de antecedentes de la procesada, y el jurado la absolvió.

Tolu, de muy joven, notó que su bella mujer hacía demasiadas visitas al párroco, y prohibió á uno y otro que volvieran á verse más. Pocos días después, habiéndose puesto convenientemente en acecho, sorprendió á su mujer en la reincidencia de los prohibidos coloquios; furioso de ira, halla al párroco yendo hacia la iglesia, y, en medio de todos sus convecinos, le dispara encima una vieja pistola: falla el tiro y con la culata de la pistola le rompe la cabeza.

Bianco, aquel obrero italiano de 20 años, de que he hablado antes, emigrado á Nueva York, trabajaba sin descanso para mantener á su bella y joven mujer y á sus padres, privándose hasta del pan en obsequio de ellos; sin embargo, no conseguía contentarlos, y la mujer no sólo se echó en brazos de otro, sino que se lo dijo y le hizo amenazar por el querido, llegando un día, armada de un cuchillo, á quererle arrojar á la fuerza de aquel tálamo, ya tan profanado por ella, y del que él no conseguía separarse. La ira, los celos, la pasión de amor no satisfecha, los sufrimientos acumulados llegaron á obsecarle y, quitándole de la mano el cuchillo, se lo clavó en la carótide.

La Vinci, después de haber sacrificado hasta los cabellos para satisfacer el ansia de su amante, se vió abandonada precisamente por haber perdido la belleza, y sirvió de mofa á su rival.

Bounin oyó á su mujer mientras le engañaba á los pies de su misma cama, y mientras decía á su amante cuánto le pesaba seguir aquella vida.

Quadi no sólo tenía pruebas de que su mujer le engañaba, sino que hasta oyó discutir el precio de su deshonra.

Así sucede que estos delitos no son premeditados, ni se cometen en sitios lejanos, ni en horas nocturnas, sino á la plena luz del día, en medio de la calle, á pocas horas, á pocos minutos de sucedido el hecho que les provoca, y no sólo sin emboscadas y sin cómplices, sino hasta con armas impropias, con piedras, con tijeras, con los dientes y las uñas. Tales fueron los casos de la Marino, de Zucco, de Quadi, de Bianco, de Curti, de Camicia, que hirieron por su propia mano en pleno día y ante testigos á sus víctimas, haciéndolo además casi siempre furiosamente, hiriendo á diestro y á siniestro, y no sólo á la amante y al rival, sino también, como Marino, Merlo y Delitala, á los parientes y vecinos que se hallaban en derredor. Grassi, rechazado en sus intentos por una prima, mató á ésta, después á su padre, y después á los bueyes del establo. A veces (como sucedió, por ejemplo, á Verano) se desarrolla en estos casos una fuerza muscular extraordinaria, de que no fueron capaces antes ni después, y que resulta maravillosa hasta para ellos mismos.

Dos circunstancias facilitan y diré que casi multiplican el desarrollo de estos delitos: en primer lugar el estado salvaje ó inculto, que, por una parte, produce inclinación al cuchillo, á la venganza, y por otra aumenta cualquier motivo pequeño referente al honor, y lo que es peor aún, á sus apariencias, confundiendo de este modo en una misma explosión la pasión de los celos, del amor y del honor ofendido.

En nuestras islas la negativa de matrimonio y el rompimiento de una promesa acaban casi siempre con un delito, un disparo de arma de fuego en pleno día, sin emboscadas ni cómplices, por personas que han hecho hasta entonces, y á veces también después, una vida intachable. Casi todos los bandidos famosos empezaron por aquí: Galicchio, por ejemplo, y Rosso, y ahora el jefe de la nueva cuadrilla de Adernó. De Rosso se cuenta además que, lanzado á la mala vida, no robó ni pan siquiera cuando tenía hambre ni aceptó jamás dinero de los pastores; y en cambio, acusado de robo injustamente, mató, uno tras de otro, á todos los testigos falsos.

Galicchio era tipo de honradez: por invitación de la madre de Luisa ofreció casarse con ésta, diciendo que ¡ay de ella si le engañaba! A pesar de esto, pocos meses después su madre se la prometió á otro; y él entonces la robó, la tuvo varios días en un bosque, respetándola como á una hermana, y por fin se hizo bandido para poder matar á su rival.

Pero lo que predispone más aún es, en segundo lugar, la influencia fatal de la locura en los progenitores (como á Delitala, Curti, Milani) que deja una huella profunda en el alma, una verdadera tendencia á la locura; tanto más cuando á esto se une, como en el caso de Curti, de Belo y de Milani, un engrosamiento del corazón ó del hígado, ó una meningitis antigua.

Así hay desgraciados en quienes la pasión de amor y los celos llegan á un grado tal de paroxismo que aun los alienistas, no hallando ó no arriesgándose á hallar diferencia clara entre el delirio y la locura, han inventado, con mucho más beneficio realmente para los reos que para la sociedad, una locura de celos (Moreau, 1877); tanto es lo que éstos se asemejan á la locura. ¡Así clasificaron á aquel

Prat... que torturaba continuamente á su mujer por sospechas y que un día, habiéndole amenazado para que confesase tener por amante á un tal R., y habiéndole ella contestado enojada que sí, la disparó un tiro de fusil! Así consideraron también á Chi..., quien, enamorado de una mujer que amaba también á su hermano, y viendo que no podía vencer este amor, decidió alejarse centenares de leguas; pero pocos días después volvió, mató al hermano y se entregó en seguida á la justicia. Y á N..., hombre de 47 años, impetuoso, roído por los celos, que imaginando un día erróneamente haber sorprendido á su mujer en fragante delito, la mató y fué á entregarse, declarando que había premeditado el delito y que estaba satisfecho de él; absuelto como loco, se mató manifestando por escrito que «puesto que no se le imponía el justo castigo, se suicidaba; pero que hubiera preferido morir á manos del verdugo.» (BRIÈRE obra cit.)

Más segura nos parece la locura en Zucco, muy justamente condenado por el Jurado; quien, indudablemente después de faltársele á la promesa, pero antes de arrojarle cruelmente con dientes y manos sobre su amante infiel, había dado verdaderas señales de locura, no sólo hablando largamente al cadáver de su amigo y felicitándole por haber muerto y prometiéndole unirse á él, sino manifestando á sus convecinos que dentro de poco le resucitaría.

No podríamos, sin cometer verdadera injusticia, confundir á estos individuos excitables, rayanos si se quiere á la locura, pero honrados, y que aun durante el delito nos inspiran compasión, con aquellas almas desgraciadas que nacieron para el delito y que llevan en la cara y en el cráneo y en su mala historia anterior todas las señales del criminal; en quienes el amor fué únicamente un pretexto para mover las manos y desahogar la maldad del alma, valiéndose de acechos premeditados, de cómplices, de las armas más insidiosas y encubiertas, el veneno en especial, y preparándose tranquila y friamente una atenuación ó peor aún, una exención aparente en causas amorosas, que saben ya por experiencia cuánto valen para interesar primero y conmover después el ánimo de las gentes y de los jurados; jueces tanto más poderosos que los demás, gracias á nuestras

leyes, cuanto menores son su responsabilidad y su competencia.

Así hubo entre nosotros un Z..., que mató á su querida porque no quiso volver á unirse á él; pero no era joven; tenía toda la innoble cara del ladrón, los enormes senos frontales, la frente deprimida; había sido ya condenado por robo; y la mató de noche, por sorpresa, después de haber muchos meses buscado el modo de matarla sobre seguro; y, después de preso, negó el delito siempre. Martinelli hizo matar, por medio de un asesino pagado, á uno de sus muchos rivales, ó mejor dicho, uno de los adúlteros de su mujer; pero había ya sido condenado por estafador; además no la hirió ni la cogió en delito por sus propias manos, sino muchos meses después y por mano de otro; y era, por último, tan poco celoso de aquella desgraciada que él mismo la había prostituido al asesino, casi como pago anticipado del crimen; no fueron, por tanto, los celos ni el amor los que le impulsaron al delito, sino su propio orgullo lastimado.

Igualmente sería hasta indigno confundir aquéllos, más infelices que culpables, de que antes he hablado, como la Leoni, la Marino, la Camicia, con algunas otras, por ejemplo la Trossarello, la Gras, la Biere, que, por mano de tercero, de noche, con alevosía y preparando cuidadosamente la defensa, mataron, no diré á su amante, sino al último de sus amantes, cuando les fué imposible conseguir nuevos beneficios. Además habían ya cometido otros más ó menos patentes delitos; habían pasado con mucho de la edad en que la pasión inclina más al mal obrar; llevaban en la cara la impresión de los delincuentes comunes: estrabismo submicrocefalia, prognatismo; que pueden todos ver aún en el retrato de la Trossarello; y antes y después del delito mostraron aquella sangre fría y aquella indiferencia que son precisamente contrarias al reo por pasión... Recordad cómo la Trossarello buscó con anticipación cómplices y defensas, y cómo se arrepintió tan poco del delito que pudo, á continuación de él, recordar una brutal novela y pensar, más que en su víctima, en un sombrero con flores blancas que llevaba á la cabeza una vecina; y recordad el arte con que obró, primeramente con los cómplices, una vez verificado el suceso, y después con el juez y con el tribunal, negándolo ab-

solutamente todo, haciéndose la nueva y la desdichosa aun en los puntos donde más probada estaba su culpabilidad, combatiendo palmo á palmo la acusación con nuevos admículos, con excusas y acusaciones y, á falta de otros argumentos, con desmayos y sobresaltos; en suma, como una habilísima simuladora.

La Gras, después de haber hecho quemar por mano de otro, con ácido nítrico, en la cara á su antiguo amante, tuvo valor para hacerle llevar á su casa y curarle con sus propias manos, indiferencia que demostró también ante el tribunal; y del mismo modo ésta había pasado de la edad de las fuertes pasiones amorosas.

La misma Biere, que conmovió hace pocos meses al público parisiense, y obtuvo de los jurados una absolución injusta, en tentativa de homicidio contra su antiguo amante, tras el pretexto del enojo que le produjo haber facilitado él, poniéndole en nodriza (!), la muerte de un hijo de ambos, no era más que una delincuente común, si se exceptúa, en caso, lo de descender de una familia de locos. Pasaba de 30 años, de los cuales había vivido diez en el teatro, que no es escuela de castidad; había perdido la voz; había intentado un rescate en dinero, de tres mil libras, contra su amante, y no recibía ninguna cantidad fija: todo mientras escribía en su diario: «no quiero vivir de caridad, de prostitución»: y, por último, le hirió de noche, en calle desierta, escondida en un carruaje, después de haberle espiado cuatro días, y después de siete meses de ocurrir el hecho que ella pretendía hacer pasar como causa determinante; ó más bien, de once meses, porque cuando aún vivía el hijo, ella le había dicho: «tu vida va ligada á la suya». Finalmente, desde la infancia había ya mostrado depravación de sentimientos, y, después de arrestada, lejos de mostrar arrepentimiento, dijo á los guardias: «no temáis que me mate; él no ha muerto todavía».

Aquí el amor no es más que un pretexto, ó menos aún que pretexto, un velo que cubre la venganza y la avaricia no satisfecha, y sólo los oficiales que tienen en sus manos la estadística y aquéllos que hacen un comercio de la defensa penal son los que comprenden todo esto en el nombre de pasión amorosa.

Así pasan bajo el vago velo del amor gran parte de los homicidios y de los asesinatos, y especialmente de los envenenamientos, que son el arma predilecta de los esposos infieles. Sin embargo, nada más distante de los reos de amor que aquellos otros como la Brinvilliers, la Taddi, la Contri, que premeditan largo tiempo el delito; que prodigan las caricias y los besos, mientras están produciendo la muerte; que han pasado por una historia de lascivia digna de rivalizar con la de Mesalina, engañando no sólo al primer cónyuge, sino á los amantes; que propinaron, casi como diversión, el veneno á su perro, á su criado, á los vecinos y hasta á los propios hijos; y que, lejos de arrepentirse, negaron el delito, como la Pommerais y Taylor, no sólo en el juicio, sino hasta en el último instante de su vida (1).

El amor habrá sido en ellos uno de los motivos del crimen; pero el fondo malvado existía mucho antes y fué solamente la casualidad la que le hizo prevalecer sobre los demás motivos.

*Infanticidios.*—Más justo sería hacer figurar en gran cantidad las infanticidas, de antecedentes honrados muchas veces, sin premeditación, sin cómplices, sin instrumentos adecuados, rara vez reincidentes (5 por 100 en los años 1859-60 en Francia); que dan en las colonias penales tan grandes pruebas de enmienda, y que cometieron generalmente el delito demostrando la más perfecta inconsciencia y hasta el delirio; como aquellas que dejaron un lazo en el cuello de la víctima, ó la hirieron en todos los sitios de su cuerpo para hacer patente el delito al punto, y como aque-

(1) De 367 envenenamientos, de 1830 á 1839, en Francia, fueron: 76 por causa de adulterio; 11 por concubinato; 19 por celos y amor; 116 por avaricia; 80 por disensiones domésticas. Hay, por lo tanto, una gran cantidad de causas aparentemente eróticas. De otra estadística de 196 envenenamientos se desprende que hubo 73 maridos envenenados por la mujer; 61 mujeres por el marido; 13 hijos por la madre; 8 ídem por el padre y 7 suegros por el yerno. En Francia de 1832-38, se observó que el envenenamiento había sido producido en 50 casos por la disolución, 12 por odios de familia, 14 por celos, 2 por amor contra naturaleza y 24 por venganza. CHEVALIER, *Manuale dell' apparecchio di Marsh*, 1847.

llas que hasta declaraban en voz alta que esto entraba en sus derechos de madre, igual que entregarse desenfrenadamente al público entraba en sus derechos de mujer. Eran histéricas y ninfomaniacas, y cuando no, tenían la inteligencia nublada por la fiebre puerperal, por las intoxicaciones de ergotina, y principalmente por la vergüenza de presentarse en una condición que constituye socialmente, ya que no por naturaleza, una nota de infamia; lo cual explica por qué fueron absueltas en Francia unas 374 por mil, y en Inglaterra 3.238 entre 20.591 sometidas á procedimiento criminal, y cerca de la mitad entre 124 veredictos de homicidio. (TARDIEU. *De l'infanticide*, 1870.)

*Delitos sexuales.*—¿Debemos también incluir, entre los delitos y entre los efectos del amor, los del sexo, ó sea, los estupro y los delitos contra la naturaleza?

Repugna aun á aquellos que tienen, no por vergüenza, sino por vanidad ser positivistas, confundir aquella serie de fenómenos en que el hombre moral pierde muy poco ó nada de su grandeza con estos otros que tanto le asemejan al bruto.

Sabe todo el que mira de cerca estos delitos que muchas veces se mezclan con actos tales de ferocidad sanguinaria que la imaginación más cruel apenas los soñaría.

Pero esta misma fiereza, análoga á la del hombre prehistórico, á la del salvaje moderno y hasta á la de los mismos animales carnívoros durante la excitación en que el amor y la sangre se confunden en un solo bramido, nos demuestra que suele andar en juego ó bien una forma de locura ó bien el atavismo, causa de las más difundidas del crimen, revelado por algunos como Dumolard, Ravennate y Menesclou, primero en la mirada y además en el rostro, más fiero que de hombre.

Todos los estupradores que yo he examinado son raquíticos ó débiles, á veces jibosos ó semi-enanos, con zigomas enormes, cráneo frecuentemente abovedado, hinchados los labios, el pelo negro y abundante, los ojos centelleantes, húmedos y saltones, á veces bizcos, con párpados hundidos, no rara vez tartamudos, con voz ronca y gruesa y con el habla apagada. (MASTRIANI, *Anatomía moral*, 1875). Con frecuencia se les confundiría con los tontos; son siempre silvestres, rústicos, solitarios.

Los pederastas, en cambio, tienen necesidad de asociarse en gran número para el delito, y de formar verdaderas congregaciones, en que se reconocen solamente por la mirada, aun viajando por países extranjeros. No podríamos comprender ni creer, sin los epistolarios revelados por Casper y Tardieu (1), cómo aquellos amores infames pueden unirse á tanto romanticismo ó misticismo. Sin embargo, sus atentados casi nunca se dirigen contra un solo individuo, sino frecuentemente sobre muchos y al mismo tiempo. Menos extraño es ver que, en estos reos, los de las clases elevadas gustan de las labores y modas y vestidos femeninos, y de ir cargados de piedras preciosas, con el cuello descubierto y con los cabellos rizados, y que asocian á sus depravadas costumbres el gusto por el arte y hacen colección de cuadros, de flores, estatuas y perfumes, casi reclamando por atavismo la semejanza con los vicios y gustos de la antigua Grecia. Generalmente son honrados, y tienen conciencia de su culpa; luchan largo tiempo con las inclinaciones infames, se lamentan de ellas, las ocultan, pero ceden al fin.

Sin embargo, los de las ínfimas clases aman la suciedad. (Mayer nos indica entre los deportados un sacerdote sodomita sucio hasta el punto de manchar los hábitos: *Souvenirs d'un déporté*, 1880): prefieren á los perfumes olores asquerosos, llevan sobrenombres femeninos, y son el instrumento de los robos más audaces, de asesinatos atroces, y de las raras venganzas, triste invención de Lacenaire, cuyos autores tienen el nombre de Outil. Sin duda, en todo esto entra por mucho el atavismo.

Pero si el atavismo nos explica la subsistencia de estos motivos, á pesar de la floreciente civilización, que mitiga el delito hasta en la forma, no nos explica por qué crecen, en vez de disminuir, respecto de los estupro. Esto hay que explicarlo, en parte, por el hecho, poco estudiado, de impe-

(1) He aquí un fragmento de la confesión de uno de ellos, mencionada por Tardieu: «¿Cómo decir el delicioso estremecimiento de los sentidos cuando oía su voz, y la felicidad de espiar su mirada? Cada palabra suya vibraba en mí como una melodía.» (*Etude médico légale sur les attentats aux mœurs*, 1873).

dirse la organización de las prostitutas, sustitutivo infame sin duda, pero favorabilísimo contra los excesos que la necesidad no satisfecha provoca en el hombre, llevándole con frecuencia al estado primitivo; y en parte, por el de favorecerse de varias maneras el celibato, pues se puede notar que estos delitos son más frecuentes en los hombres de profesiones menos libres, como los pastores, los soldados y los sacerdotes, y que las provincias más lejanas de las capitales, p. ej. Vaucluse y Pirineos, donde la prostitución está mal organizada, son, según Oettingen, precisamente por esto, las que ofrecen mayor contingente de delitos contra la honestidad. Se explica también por la excesiva cultura, por el mayor número de contactos, por la mayor refinación y por el mayor aumento continuo de los alcoholes, que hacen brutales las almas más delicadas y nobles, y que producen otra forma de delincuencia habitual, de atavismo, producido por la relación casi constante entre el número creciente de los estupros y el mayor consumo del vino.

En cuanto á los otros delitos de lujuria, menos crueles pero menos innobles, como los atentados contra impúberes, vemos que crecen espantosamente de año en año en los países más cultos, pues se demuestra con la estadística criminal de Francia que, de 1826 á 1876, sube de 160 á 907 el número de atentados en menores de quince años; crecimiento que se nota también en las provincias occidentales más cultas de Prusia (1); lo cual proviene á más de la cultura, de las influencias atavísticas, probadas por la constante reincidencia, que se calcula en Francia del 37 al 60, la máxima después de la de los robos; y de las influencias meteorológicas, por las cuales se produce el máximo en los

(1) De una estadística que nos proporciona Kirchnheim resulta que los delitos de lujuria y contra las malas costumbres fueron:

En Prusia en 1868, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 2.902, 2.945, 2.451, 1.071, 1.262, 1.571, 1.262, 1.571, 1.607, 1.712, 1.969, 2.378; es decir, con poco ó ningún aumento y aun alguna disminución; pero en Sajonia el aumento fué enorme: 120, 255, 321, 421, 434, 531, 778; y en la misma Prusia, según Oettingen, fueron, de 1855 á 1869, de 325 á 925 delitos y 1477 á 2.945 crímenes de lujuria.

En Inglaterra fuerun: 167 de 1830-34; 972 de 1835-39; 1.395 de 1851-55.

meses calurosos (1); debiéndose añadir á ésta, como cantidad invariable, la que proviene del uso de comidas abundantes, probada por el desarrollo que adquieren estos delitos en los años de mayor abundancia (2), en las épocas de la recolección y en las clases mejor acomodadas, especialmente en las dedicadas á las profesiones.

Hay además una causa variable que quizá podría remediarse con buenas leyes: la que proviene del abuso de los

(1) Así se encuentra este tanto por ciento:

	INGLATERRA 1831-56	FRANCIA 1825-60	ITALIA 1869
Enero .....	5,25	5,29	26
Febrero .....	7,39	5,69	22
Marzo .....	7,75	6,39	16
Abril .....	9,21	8,98	28
Mayo .....	9,24	10,91	29
Junio .....	10,72	12,88	29
Julio .....	10,46	12,95	37
Agosto .....	10,52	11,52	35
Setiembre .....	10,29	8,77	29
Octubre .....	8,18	5,71	14
Noviembre .....	5,91	5,16	12
Diciembre .....	3,08	4,97	15

De 22.010 atentados, 4.360 sobre adultos, 17.650 sobre muchachos.

(2) En Prusia (Oettingen).

Año	Delitos de estupro	Precio corriente de granos, centenos, patatas etc.
1854	2'26	217'1
1855	2'57	252'3
1856	2'65	203'3
1857	4'14	156'3
1858	4'45	149'3
1859	4'68	150'6



alcoholes y sobre todo de la falta de leyes protectoras de los niños en las fábricas y en las escuelas; por donde resulta que aumentan los delitos sobre los impúberes, y que los hombres de profesión, especialmente los zapateros, albañiles y pintores, tan dados á los alcoholes (FAYET C. *Séances et travaux de l'Académie*, 1847), y los obreros en general, dan el 35 por 100 de esta criminalidad, mientras sólo dan el 30 por 100 de la total (Oettingen); y por donde resulta también la relación singular que hay entre estos delitos y los años de gran producción de vino, 1850, 58, 60, 63, 65, 69, 71, 75, y de gran consumo de alcoholes 1852, 58, 66, 77, según la misma estadística criminal francesa. Una cantidad también reformable de causas es la que proviene de la dificultad de los divorcios y de la demasiada desigualdad ó demasiada precocidad de los matrimonios, por donde se origina un rápido disgusto y abandono, ó una verdadera perversión genética que impulsa á los amores contra naturaleza; puesto que la misma estadística nos demuestra que los delitos contra la honestidad sobre niños crecieron, en Francia, en 59 años hasta quintuplicarse, mientras los realizados sobre adultos decrecieron casi la mitad; y puesto que en los primeros la cantidad de célibes es igual á la de los casados, 50 por 100, mientras que en los segundos son bastante más escasos los solteros. Solamente en los delitos sobre adultos hay la diferencia de 66 célibes por 100 casados (1), y en las vacilaciones de la es-

(1) TARDIEU. *Sur les attentats aux mœurs*.

En Francia.	1851	Estupros sobre niños,	857,	sobre adultos	242
	1854	"	755,	"	164
	1858	"	1022,	"	238
	1864	"	612,	"	176
	1869	"	891,	"	169
En 1858 de	1070	acusados de estupro,	487	célibes,	583
"	1859 de	" de "	490	"	508
"	1861 de	" de "	446	"	499
"	1864 de	" de "	464	"	520
"	1865 de	" de "	473	"	544
"	1866 de	" de "	513	"	480
"	1869 de	" de "	391	"	500

Los estupros en Francia fueron, término medio, 136 en 1826, 31 en 1858, 820 en 1867.

tadística aparecen éstos en una proporción más constante y más progresiva que los célibes.

Evidentemente aquí entran en juego las dos distintas corrientes que torturan á nuestra pobre raza. Por una parte, cuanto más crece el entendimiento y cuantos más medios de vida existen, más se multiplican los deseos y las facultades del amor; de ahí el gran número de artesanos, maestros y literatos presentados desde los tiempos antiguos como reos de estos delitos (1). Por otra parte, en estos casos precisamente se hacen más difíciles los medios de satisfacerlos. El matrimonio, la meta más alta del amor, se dificulta ó se realiza prefiriendo, más cada vez, contra las leyes de elección natural, la riqueza y el poder á la belleza y á la salud, y, por tanto, haciéndole menos afin con las prohibiciones del divorcio y con el estudio de la infecundidad.

De esta doble fatal corriente que contrasta con la del amor sexual, se derivan en parte aquellos delitos, y de otra parte, dígase de una vez, dejando á un lado hipócritas reticencias, nacen también del prejuicio con que consideramos culpable para un sexo lo que para el otro sólo es una falta de delicadeza, ni siquiera una contravención.

Violentar la naturaleza humana, en un sentido ó en otro, es producir delitos y desventuras.

Cuando se halle el equilibrio entre la voz de la naturaleza y la del deber y la moral, veremos disminuir rápida-

(1) DANTE, en el canto xv, del Infierno, hablando de los sodomitas, dice: «En resumen, sabed que todos *fur cherçi*, y literatos grandes y de gran fama»...

Las profesiones liberales, según Fayet, dan el máximo de los delitos sobre los impúberes, este es, 230 por 100, mientras contra los adultos dan el 80 0/0.

Los sacerdotes, que en la criminalidad general no pasan del 5 por ciento, en los delitos contra los impúberes llegan al 12 y sobre los adultos al 4.

Los choriceros dan sólo el 35 de los primeros y el 61 de los segundos.

Los industriales en general dan el 30 por 100 de la criminalidad general y 28 de la contra los niños.

En los obreros propiamente dichos, la primera es de 30 por 100 mientras la segunda de 35. OTTINGER, *Moral Stat*, 1874.

mente estos delitos, demostrando así que no dependen del exceso, sino de la falta de amor.

Por lo tanto, que se haga más fácil el divorcio y menos comercial la boda; y que se respete más la maternidad y se haga ante todo obligatoria la indemnización que actualmente la ley apenas establece, y antes bien casi excluye, prohibiendo la investigación de la paternidad. Que la sociedad no mire solamente como culpable á la víctima, sino también á su seductor, sobre quien tan fácilmente se extiende una sonrisa y un velo, no dejando á la infamada otro desahogo que el de la justicia por sus manos ó el de hacer desaparecer, en desesperado delirio, las huellas de una inmensa alegría que se convirtió, sólo para ella, en una inmensa desventura.

Pero no debo yo, convirtiendo en lección de amor el asunto, aunque agradable y loquesco, despertar contra mí el odio por medio de su causa perenne, el aburrimiento; y por esto me interrumpo: pero alegrándome de poder, hasta cierto punto, sin contradecir mis convicciones, mostrarme con los secuaces de amor un poco más benévolo de lo que en otra ocasión fui con los de Baco; porque aun en alguno de estos delitos, y sin duda en los suicidios por ellos inspirados, subsiste el influjo del origen primero; porque queda en ellos todavía una señal de aquel suave perfume donde se abisma y embriaga la más dulce, la más santa de las humanas pasiones, la única que puede, si no excusar el delito, hacerle al menos digno de compasión y de dolor.

## EL VINO Y EL DELITO

Dice un proverbio: «En todo delito misterioso buscad la mujer». El proverbio no es completo, ni siquiera exacto, si no se añade: «ó la botella».

Una prueba de la gran relación entre el alcohol y el delito nos la ofrecen las estadísticas al mostrarnos el incremento continuo de los delitos en los países cultos; incremento que la mayor instrucción y el aumento de la población no pueden explicar más que en una cuota del 13 al 16 por 100, y que, en cambio, explica muy bien el aumento extraordinario del uso de los alcoholes, que va precisamente en proporciones análogas á las del delito.

En Inglaterra se consumían:

En 1790..... 5.526.890 galones de alcohol.

En 1866..... 12.200.000 „ „

Los borrachos detenidos fueron:

En 1857..... 75.859

En 1875..... 203.989

En Milán las hosterías eran:

En 1865..... 1.120

En 1875..... 2.140

En 1878..... 2.272 (SIGHELE).

Pero una prueba decisiva la ofrece un estudio hecho por el Dr. Enrique Ferri sobre la criminalidad en Francia, por homicidios y lesiones, en comparación con el consumo del vino y de alcohol, durante diez y ocho años: 1849 á 1876.

En los suicidios existe un cierto paralelismo en los años 1850, 54, 56, 58, 60, 72, 73 y 74, que son también los años de menos crecimiento; pero en general todavía hay